

HOMILIA EN LA SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCION

Mons. Rafael Zornoza, obispo de Cádiz y Ceuta.

[Ante el Nazareno, la Virgen del Rosario y San Servando y San Germán]

Catedral de Cádiz 8 de diciembre, 2021.

Queridos hermanos:

Estamos aquí para celebrar la solemnidad de María, la Virgen Inmaculada, Concebida sin pecado original, que gozó desde el instante de su concepción de la plenitud del amor de Dios sin ninguna sombra ni mancha. Desde el primer instante de su concepción, estuvo libre de todo pecado, una vida sin pecado que la Virgen María, la «*llena de gracia*» (Lc 1, 28), nos invita a vivir también hoy.

Habéis peregrinado hasta la Catedral procesionando con Nuestro Padre Jesús Nazareno —el Señor de Santa María—, y la Virgen del Rosario, desde su santuario, el convento de los PP. Dominicos. Por la tarde recorrerán las calles de Cádiz acompañados por tantos devotos que quieren vivir este momento histórico extraordinario para suplicar, interceder y dar gracias en este tiempo de tanta incertidumbre y dolor provocado por la dolorosa pandemia que nos aflige aún. Como en muchas otras ocasiones los gaditanos han orado ante sus patronos que nunca les han abandonado en las dificultades, por lo que han merecido los títulos de Regidor Perpetuo y Patrona de Cádiz. También interceden por nosotros San Servando y San Germán, testigos fieles del Señor que dieron su vida por confesar su nombre. De nuevo, ante ellos, ofrecemos la Santa Misa como acción de gracias por haber cuidado tanto de nosotros hasta ahora y para que nos sigan librando de la pandemia y de todo mal.

El misterio de la Inmaculada Concepción que celebramos hoy es, precisamente, fuente de luz interior, de esperanza y de consuelo. María, Madre de Cristo, en medio de las pruebas de la vida, y de las contradicciones que experimenta el hombre en su interior y a su alrededor, nos dice que la Gracia es más grande que el pecado, que la misericordia de Dios es más potente que el mal y que incluso sabe transformarlo en bien.

Nosotros experimentamos muchas veces el mal, por desgracia, en los acontecimientos, y vemos además que se manifiesta cada día de muchas maneras en las relaciones humanas. Comprobamos, sobre todo, que tiene su raíz en el corazón del hombre, un corazón herido, enfermo, incapaz de curarse por sí solo. La Sagrada Escritura nos revela que en el origen de todo mal se encuentra la

desobediencia a la voluntad de Dios, y que la muerte ha dominado porque la libertad humana ha cedido a la tentación del Maligno (cf. Gen 3, 9-20). Pero Dios no desfallece en su designio de amor y de vida: a través de un largo y paciente camino de reconciliación, ha preparado la alianza nueva y eterna, sellada con la sangre de su Hijo, el Nazareno, que para ofrecerse a sí mismo en expiación «nació de mujer» (*Gálatas* 4, 4). Esta mujer, la Virgen María, se benefició de manera anticipada de la muerte redentora de su Hijo y desde la concepción quedó preservada del contagio de la culpa. Por este motivo, con su corazón inmaculado, nos dice: confiad en Jesús, Él os salva.

Hemos proclamado el Evangelio de la Anunciación (*Lucas* 1, 26-38) que presenta precisamente el diálogo entre el ángel Gabriel y la Virgen. «*¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo*», dice el mensajero de Dios, que revela de este modo la identidad más profunda de María, el «*nombre*» por así decir con el que el mismo Dios la conoce: «*llena de gracia*». Esta expresión, que nos resulta tan familiar, pues la pronunciamos cada vez que rezamos el Avemaría desde la infancia, nos explica el misterio que hoy celebramos.

¿Qué quiere decir llena de gracia? Que María está llena de la presencia de Dios, y si está completamente habitada por Dios, no hay lugar en Ella para el pecado. Mientras que el mundo, las criaturas y todas las realidades, aun las más bellas, están tocadas por el mal original, Ella, María, es la única incontaminada, concebida sin pecado, creada inmaculada para acoger plenamente con su «*sí*» a Dios, que venía al mundo para comenzar así una historia nueva. Ella es la Purísima, la Inmaculada, la «*llena de gracia*» como la llamó Dios por medio del Ángel; ella es efectivamente la más humilde y a la vez la más grande de todas las criaturas. Con razón le decimos al cantarle: «*Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú eres el orgullo de nuestra raza*».

De hecho, María, desde el momento en que fue concebida por sus padres, fue objeto de una predilección singular por parte de Dios, quien en su designio eterno la escogió para ser la madre de su Hijo hecho hombre y, por tanto, preservada del pecado original. Por este motivo, el ángel se dirige a ella con este nombre, que implícitamente significa: «*llena desde siempre del amor de Dios*», de su gracia.

María respondió: «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*». El, el Señor Dios, pide el consentimiento de María para entrar en nuestro mundo. Ella es la puerta por la cual el Hijo de Dios tiene que entrar en nuestra historia. Su misión es única y decisiva para la salvación de la humanidad. A pesar de esto, Dios respeta su libertad. Tampoco quiere entrar a la fuerza en nuestras vidas y

viene a nosotros pidiendo que le dejemos entrar para llenarnos de alegría y de esperanza. Imitando a María, no dejemos que pase de largo. Aprovechemos la gracia del Adviento para abrirle de verdad nuestros corazones. Dios ha puesto sus ojos en esa virgen porque era humilde. Ciertamente su virginidad atrajo el favor de Dios, pero fue la humildad la que hizo agradable a Dios esa virginidad. María fue elegida y concibió por su humildad.

El Dogma de la Concepción Inmaculada de la Virgen María, que hoy celebramos, es mucho más que un enunciado de nuestra fe, y ha de hacerse presencia diaria, discreta pero activa en nuestras vidas. Cada vez que experimentamos nuestra fragilidad y la sugestión y el poder del mal, podemos dirigirnos a Ella, y nuestro corazón recibe luz y consuelo. Es la "*llena de gracia*", es decir, colmada por la gracia y creada por la gracia, y así revela el nombre nuevo que Dios le ha dado. Ella es el único "*oasis siempre verde*" de la humanidad, la única "*incontaminada, creada inmaculada para acoger plenamente, con su 'sí', a Dios que venía al mundo para iniciar, de este modo, una historia nueva*" (cf. Papa Francisco, 8.12.2017).

Esta invitación de la Virgen María a ser santos en el amor, para reflejar la armonía de su rostro de Madre, guarda un anhelo vivo de su corazón para nosotros: desatar los lazos de nuestra comodidad, de nuestra arrogancia y de nuestro orgullo para atrevernos a vivir contracorriente, para unir nuestras manos con las suyas allí donde apenas quede corazón y para abrirnos a la gracia sanadora que nos redime con extrema delicadeza y dulzura. Solamente así viviremos como elegidos en Cristo para darle gloria; solamente así podremos ser "*santos e intachables ante el por el amor*" (cf. Ef 1,3-12) y afrontar las dificultades como providencia de Dios y camino de salvación.

Miremos con alegría a la llena de gracia para que interceda ante su hijo, el Nazareno. Pidámosle que nos ayude a permanecer sanos de cuerpo y de alma, diciendo 'no' al pecado, para vivir una vida bella, diciendo 'sí' a Dios. Pidamos hoy a la Virgen María que nos dé fuerza para no rendirnos, que sepamos ofrecernos para hacer la voluntad de Dios en toda circunstancia, también cuando hay que sufrir; que cada uno ponga todo de su parte para mejorar las cosas, para que cuidando unos de otros hagamos que Cádiz sea más cordial, más bella y habitable para todos; pidamos por lo que sufren enfermedades, pero también por quienes padecen los males de la emigración, el paro, los problemas laborales o familiares, el abandono y la exclusión social. También por aquellos que tienen mayor responsabilidad pensando en el bien común de la ciudad, en la economía o la política, para que la

Virgen les de sabiduría, espíritu de servicio, equidad, respeto a todos y colaboración al servicio del bien común.

María Inmaculada: mujer, esposa y madre; Virgen nazarena, humilde, discreta, oyente. La Palabra se ha hecho casa en tu seno. Dios se ha enamorado de tu inocencia. Tú te has convertido en nuestro estandarte. Gracias a ti la humanidad recupera la esperanza. En ti encontramos refugio los peregrinos de la vida. A ti te invocan los sencillos. Acoge nuestro ruego de pecadores. Eleva nuestra súplica ante tu Hijo el Nazareno. Gracias, "*llena de gracia*", bendita tú entre las mujeres.

Señora nuestra, ruega por nosotros. AMÉN.